

humanidad podía renovar la tierra para hacer de ella una mansión verdaderamente humana, la habitación del hombre completo. A nosotros toca prepararnos, gracias á él, una vida digna del hombre. Según la fábula, Anfión, Arión y Orfeo atraían á sí los peces, amansaban las bestias feroces y ponían las piedras en movimiento. Pero ¡cómo ablandaron y degradaron á los hombres, enseñándoles el culto de los dioses sin vida! Nuestro Orfeo, Cristo nuestro Maestro ha tenido la habilidad de civilizar la más rebelde y la más salvaje de las naturalezas conocidas, la del hombre. La ha moralizado en sus errores y en sus iras; ha dado sencillez á la serpiente, mansedumbre al león, misericordia al lobo. ⁽¹⁾ De la piedra bruta ha hecho salir hijos de Abrahám. ⁽²⁾ Los ha hecho verdaderamente hombres dándoles corazón de hombre en lugar de un corazón de piedra. ⁽³⁾ De hijos del hombre, como eran, los ha hecho hijos de Dios. Y al elevarlos á esa suprema dignidad de la adopción divina, los ha llevado á la perfección humana y los ha transformado en hombres completos.

Estamos en el caso de exclamar, como San Agustín: «Demos gracias al Señor nuestro Dios que nos ha enviado auxilio poderoso contra estos males. Si no se alzase firme delante de nosotros la Cruz de Cristo, ¿en qué abismo no nos precipitaría ese río de iniquidad en que se sumerge el género humano! Abracémonos fuertemente al árbol de esa cruz, para resistir á los malos consejos de los que nos empujan al mal, y para no ser absorbidos en el abismo de este mundo. En medio de aquel desbordamiento de costumbres corrompidas, cuando habían desaparecido todas las huellas de la antigua disciplina, era necesario que fuésemos socorridos por una potencia celeste que pudiera llevar los hombres á la pobreza voluntaria, á la continencia, á la justicia, á la concordia, á la benevolencia,

- (1) Clemente de Alejandría. *Protepticus*, 1, 1, 3, 4.
 (2) S. Mateo III, 9.
 (3) Ezequiel, XI, 19, XXXVI, 26.

á la verdadera piedad y á todas las demás virtudes que son como la luz de la vida. Y debía dársenos ese socorro, no sólo para permitirnos pasar dignamente esta vida mortal, y para mantener la unión y la concordia en la ciudad terrena, sino también para obtener la salud eterna y formar una República permanente y divina, de la cual somos ciudadanos por la fe, la esperanza y la caridad. Mientras que estamos de ella alejados, durante la peregrinación de esta vida, soportemos, si no podemos conducirlos al bien, á los que creen que la impunidad de los vicios constituye la fuerza y la estabilidad del Estado. Con sus virtudes formaron su República los primeros Romanos, aun cuando no tenían para con el verdadero Dios la piedad verdadera, la única que, con su sana y saludable religión, podía hacerles llegar á la ciudad eterna. Pero habían guardado en sus costumbres una especie de probidad que les bastó para establecer y conservar una ciudad terrestre. De esta manera manifestó Dios en el ilustre y opulento imperio romano lo que pueden las virtudes civiles, aun sin la verdadera religión, para hacernos comprender que con ella pueden los hombres llegar á ser ciudadanos de otra ciudad, cuyo rey es la verdad, la ley la caridad, el tiempo y la eternidad. ⁽¹⁾

20. Debemos ser hombres completos.—No nos resta más que una pequeña labor: hacer fácil la aceptación de esta disposición fundamental del Cristianismo, moviendo los corazones con el ejemplo de nuestra vida. Ni por un momento podemos imaginar que pueda cerrarse á la brillante luz de este gran pensamiento un espíritu sinceramente recto, y que se esfuerza por conocer la verdad.

Con esto arrancaríamos del corazón de los que dudan el último punto de apoyo para contradecirnos, si pusieran por obra todos los cristianos estas hermosas palabras de Stolberg:

La doctrina guardáis: inmaculada
 Tenedla, que por ella generoso

- (1) S. Agustín. Epist. 138, 3, 17.

Su sangre el mártir dió; dulce reposo
 Al muerto da, del vivo es paz ansiada.
 Suavísimo reflejo de la aurora,
 Esplendorosa luz del medio día,
 Piedra angular, cristiano á ella confía
 Tu edificio; en arena engañadora
 Edifica el doctor de la mentira... (1)

(1) Janssen, *Stolberg*, I, 138 y sig.

INTRODUCCIÓN Á LA TERCERA EDICIÓN

1. **Diferencias de condiciones entre el apologista de hoy y el de otros tiempos.**—No podemos pasar la vista por el largo catálogo de apologistas cristianos, que comienza por San Justino Mártir, sin experimentar gran sentimiento de respeto por los trabajos del espíritu humano. En la lucha veinte veces secular entre la fe y la incredulidad, se ha hecho uso de tanta sutileza de ingenio, y se han producido tantas obras del mismo género, que no podían excitar en nosotros más grande admiración todos los hechos heroicos cantados por los grandes poetas épicos.

Mas no se ha terminado todavía este combate gigantesco que ha llamado la atención de todo el mundo y por tanto tiempo ha tenido en suspenso los espíritus. Por el contrario, á estas horas se pelea, (1) como vulgarmente se dice, en toda la línea. Jamás ha sido más numeroso el ejército de los combatientes, jamás ha sido tan completo el material de guerra, y jamás fué más vivo el encarnizamiento. Comparadas con este conflicto inmenso, las batallas intelectuales de otros tiempos, nos producen la misma impresión que las escaramuzas ante la ciudad de Troya, ó los combates parciales en el *Schahnameh* ó en los *Nibelungen*. Son gigantes ó caballeros que luchan en presencia de espectadores nada más que por luchar. Observad fielmente las reglas impuestas á su clase por el arte. En

(1) Á la hora actual no ha aparecido todavía la 3.ª edición. De un manuscrito dado por el R. P. Weiss se ha tomado esta introducción. (Nota del traductor francés).